

Los Arrecifes de Coral Frontera Sur del Modernismo

En diciembre de 1997 se realizó en la Facultad de Humanidades la jornada *Vigencia de Horacio Quiroga (a 60 años de su muerte)*. Mercedes participó con un trabajo cuyo título original era: "Una hipótesis inverificable a propósito de *Los Arrecifes de Coral*". Transcribimos parte del trabajo recopilado en las actas de dicha actividad.

Las fotos de este artículo pertenecen a la colección *Horacio Quiroga* del Archivo Literario de la Biblioteca Nacional.

Tomado de: *Actas de las Jornadas de homenaje a Horacio Quiroga*. Sylvia Lago y Alicia Torres (comp.) Departamento de Literaturas uruguayas y latinoamericanas, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República, 1998.

Estas Jornadas que buscaron un pretexto cronológico: sesenta años de la muerte del escritor (podría agregarse cien años de la publicación del primer artículo periodístico y noventa y seis de su primer libro) son ocasión oportuna para reconsiderar la significación de *Los Arrecifes de Coral*.

El transcurso de sesenta años puede propiciar confirmaciones o rectificaciones a propósito de una figura hostigada por el tiempo. No es éste el caso de Quiroga cuya persona y obra siguen teniendo un aire de modernidad no frecuente en nuestros escritores.

Quien se acerca leyendo una y otra vez a *El crimen del otro*, *Cuentos de amor de locura y de muerte*, *El salvaje*, *Anaconda*, *El Desierto*, *Los desterrados* y *Más Allá*, debe exigirse un esfuerzo de acomodación de la inteligencia y de la sensibilidad para poder acompañar y resistir la tensión —no ya de los temas— de un estilo irrefragable, alternativamente frío y cálido, aparentemente impasible, tan preparado como un tiro de arco al que no se concede más alternativa que la de dar en el blanco.

Es este modo de escritura la que ha salvado a la obra de Quiroga de las secuelas de la edad.

El Instituto Nacional de Investigaciones y Archivos Literarios fundado por Roberto Ibáñez, Instituto que se adscribió luego a la Biblioteca Nacional, publicó los primeros trabajos de Emir Rodríguez Monegal sobre el *Diario de Viaje a París* donado por Darío Quiroga. Hasta entonces ese material había estado custodiado celosamente por el autor al punto de que sus biógrafos Brignole y Delgado lo desconocían cuando escribieron en 1939 la *Vida y Obra de Horacio Quiroga*.

De izquierda a derecha: José Hasda y Justo Thévenet (parados), Prudencio Quiroga, Julio Jaureche y Horacio Quiroga (sentados).



A partir de allí, el crítico dedicó a la obra del escritor salteño una serie de ensayos publicados por ediciones Asir en 1961 bajo el título *Las Raíces de Horacio Quiroga*.

Emir Rodríguez fue certero, profundo y amplio en sus valoraciones y esto rige para su estudio sobre *Los Arrecifes de Coral*, obra que consideró en el marco de la época, atendiendo la personalidad del jovencísimo Quiroga, en relación con los cenáculos de comienzos de siglo y con el desastrado viaje a París.

De cuantos juicios hemos conocido sobre *Los Arrecifes de Coral*, el de Rodríguez Monegal es el más respetuoso de los valores intrínsecos de la obra juvenil de Quiroga.

Nadie como él tuvo el coraje (claro que casi cincuenta años después) de atenerse al hecho literario, al texto poético que, alegre solitario y final, el señorito salteño, recobrado de los bochornos del viaje a Europa, se atrevió a lanzar como una pedrada en el charco tontovideano de 1901.

Este libro vanguardista aparecido en un medio conservador y pacato fue juzgado con los parámetros estrechos del conservadurismo y la pacatería. Júzguese el discurso de Washington Bermúdez en la *Tribuna Popular*: “Pero la llamada literatura decadente o modernista no sirve para expresar nada, a no ser

desatinos o insensateces. No nos personalizamos con el autor de *Los Arrecifes de Coral*; hablamos en términos generales, tal como lo pensamos y sentimos de las producciones de ese tenor. Se nos antoja imposible que perdure esa aberración del buen gusto, esa negación de las bellas letras, esa creación híbrida y estéril como las mulas”.

Y aludiendo a la tapa del libro diseñada por Vicente Puig: “La obra contiene en la portada un dibujo modernista o decadente. Figura una mujer tísica, al parecer sentada en un lecho. Delante de ella hay un candelabro con una vela encendida. ¿Qué simboliza la luz? La tísica ya presumimos que representa la literatura decadente o modernista, pero ¿la luz? ¿Acaso la han colocado como para decir: Eh, cuidado con tropezar con los Arrecifes? ¿O la vela significa quién le ha dado a usted vela en este entierro, o guárdese usted esta vela en salva sea la parte?”.

Tal era el estilo que gastaban algunos promotores culturales del novecientos. Este tipo de groserías y aún otras peores proferidas por Guzmán Papini Zas acarrearían indirectamente la muerte de Federico Ferrando.

Raúl Montero Bustamante, cronista de *Vida Moderna*, tiene una actitud más respetuosa y respetable. Después de aludir a Quiroga como a un maravilloso rimador de cosas raras, dice: “Y ahora, encontrárame en este libro desgraciado, francamente me ha hecho mal, me ha hecho dudar de este hermoso talento, de esa cabeza altiva que yo soñaba victoriosa”.

Curiosamente, Montero Bustamante, queriendo mostrar el fracaso del intento ubica certeramente la obra en el marco de la literatura uruguaya. Dice: “*Los Arrecifes de Coral* señalan en nuestro ambiente literario, la más lejana frontera; el paso más atrevido en el terreno de la revolución de la forma y la atenuación del concepto. Es un golpe asestado a la musa nacional, que hasta hoy, después de *Tabaré* y de algunas estrofas de Rafael Fraguero –tan olvidado y de quien he de hablar un día– duerme un sueño profundo, que ha conseguido interrumpir la sarta de rimadores burgueses y plebeyos que han pulsado con más o menos audacia las cuerdas casi vírgenes de la lira nacional. Es un libro audaz y nuevo que pudo ser bueno y que sin embargo pasará sin dejar rastro tras de sí”.

Rodó, también citado por Rodríguez Monegal, censura elípticamente pero con harta discreción a *Los Arrecifes de Coral*. Acusando recibo de *El Crimen del Otro* (1904) dice: “Me complace muy de veras ver vinculado su nombre a un libro de real y positivo mérito, que se levanta sobre los comienzos literarios de usted, no porque revelaran falta de talento, sino porque acusaban, en mi sentir, una mala orientación. En cambio su nuevo libro me parece muy hermoso”.

Hemos dicho que nadie estudió y valoró mejor *Los Arrecifes de Coral* que Emir Rodríguez. Incluso es muy penetrante la inserción que hace de esta obra en el conjunto total de la producción quiroguiana: “Quiroga supo pasar por la experiencia modernista viviéndola en su plenitud y su extravagancia; supo abandonarla luego para crear un arte que le permitiera superar el estilo y la manera de su juventud Pudo hacerlo porque asimiló las enseñanzas en forma profunda y porque también profundamente supo vivir su vida”.

“Cree en la eficacia de la muerte de lo que tú desees para tomar parte del triunfo de lo que debe ser”.

Si estas palabras de Marguerite Yourcenar se han cumplido alguna vez en toda su verdad y misterio, ha sido en el momento de la violenta articulación de la vida de Horacio Quiroga.

Después de la adolescencia dorada en Salto, después de la iniciación periodística en *La Revista* y el *Gil Blas*, después del taller literario del grupo de los mosqueteros, de la fundación de la *Revista del Salto*, del viaje a París, después del Consistorio del Gay Saber y de *Los Arrecifes de Coral*, la muerte de Federico Ferrando lo sume en la desesperación. Cuando cruza el río hacia Buenos Aires, Quiroga cruza no sólo a la otra orilla del río, sino a la otra orilla de la literatura y hacia la tierra de su destino.

“(…) es sorprendente la necesidad que se siente aquí de un pedacito de tierra en que no haya árboles, enredaderas y bejucos y tacuaras, tacuapís, tacuarembós”. (Carta a Fernández Saldaña. Paraguay, 1909).

La magnitud de la obra creada en la Argentina sepultó en un pasado definitivo y poco estimable a *Los Arrecifes de Coral*. Tal cayó sobre este librito el estigma que cae sobre mucha opera prima que desde la fama ulterior de su creador pasan a ser hijos vergonzantes, no queridos. Es difícil saber qué pensó Quiroga de *Los Arrecifes de Coral* cuando publicaba *Los Desterrados*. Sin embargo, en 1936, cuando abre su intimidad en confidencias a Julio Payró y Ezequiel Martínez Estrada, dice en carta a este último: “Mis predilecciones literarias de mi primera juventud persisten vívidas en mí, tanto que no me atrevería a juzgar libremente un libro de aquellos que han moldeado mi alma en hora candente”.

Por otras razones *Los Arrecifes de Coral* es una obra cuya importancia en la forja del escritor es fundamental. La inmersión en el modernismo y decadentismo fue para Quiroga mucho más que un ejercicio escriturario o el acatamiento de la moda europea por un “colonizado” sudamericano. Fue una exploración inteligente del universo de la palabra,

de sus vínculos hipersensibles con la facultad poética del emisor y la respuesta transaccional del receptor. No fue tiempo perdido para Quiroga, ni lo es para quien hoy, noventa y seis años después lea esas páginas transgresoras, a veces ingenuas que ofrecen más que un interés arqueológico: un ámbito refinado de calidad estética.

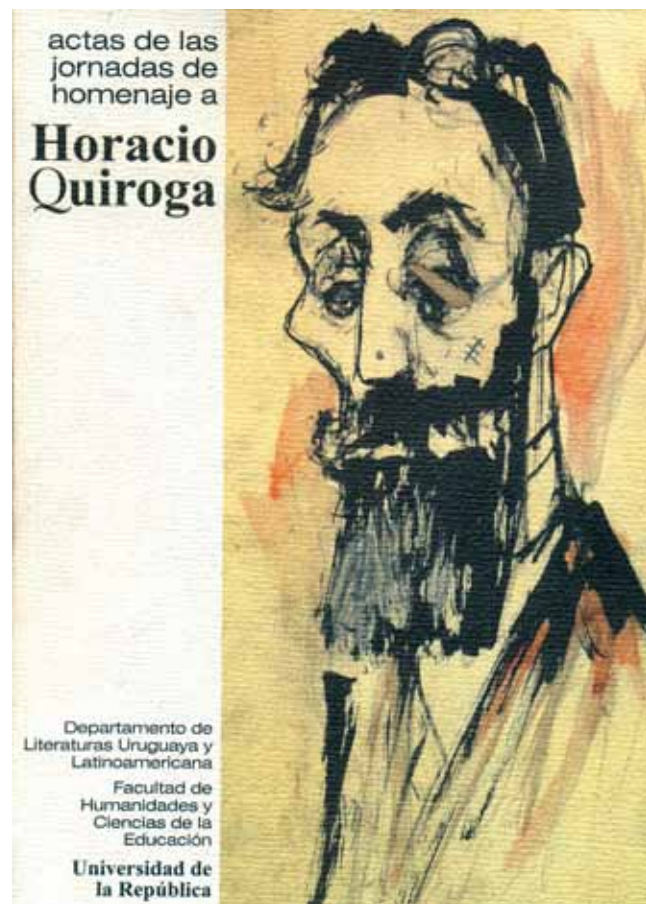
Desde otro punto de vista, el interés que merece *Los Arrecifes de Coral* radica en que en esta vereda del Sur configura un producto modélico del modernismo distinto del que, Rubén Darío mediante, se dispersó por el continente americano. El modernismo que gestó el grupo de los salteños con Quiroga a la cabeza si fue producto de la influencia francesa-simbolista-parnasiano-decadente, desdeñó las obviedades ornamentales de cuño visual, buscó el exotismo espacial en un ámbito predominantemente arábigo-indostánico e indagó en los mecanismos de relación entre la palabra, la idea y lo que llamaron “la extenuación del sistema nervioso”.

Salvas sean estas diferencias parecería que entre el año 1894-Salto y 1901-Montevideo se hubieran dado cita todos los elementos generadores de un movimiento de vanguardia como lo fue el modernismo: 1) grupo generacional, 2) periodismo, 3) fundación de una revista literaria, 4) viaje a París, 5) taller literario experimental, 6) edición de una obra paradigmática: *Los Arrecifes*.

Es obvio que el libro de Quiroga es el emergente de una comunidad literaria de fuertes perfiles que justamente iba a encontrar su expresión a través de la figura más señera en razón de su relevante talento. El grupo de los adolescentes salteños acaudillados por Quiroga: Asdrúbal Delgado y su hermano José María, Alberto Brignole, José Hasda, Julio Jaureche, José María Fernández Saldaña, formaron en su ciudad natal un verdadero taller literario cuyas experimentaciones quedaron recogidas en un cuaderno-archivo. En él quedó registrado el impacto causado en el grupo por el encuentro deslumbrante con *La Oda a la Desnudez* de Leopoldo Lugones quien se constituiría en el maestro admirado y fatalmente imitado.

Entre los años 94 y 97 se va produciendo el desprendimiento de los epígonos románticos y la apertura definitiva hacia los nuevos tiempos y a la nueva manera de hacer literatura: la manera modernista.

En 1898 Carlos Reyles introdujo el nuevo lenguaje en su novela *El Extraño*. Rodó en 1900 aborda el ensayo *Ariel* apuntando a extraer de la palabra y de los explayados períodos de su discurso el más refinado deleite estético. Pero es Quiroga, siempre pionero –constructor de velódromo o fundador de revista– quien en la *Revista del Salto* en el primer y en el último número publica el manifiesto del modernismo uruguayo. Dice:





Horacio Quiroga hacia 1896.

El pensamiento igual que el sentimiento evoluciona en los tiempos y las épocas. Bajo el imperio de un cerebro poderoso pero desequilibrado la idea deja de ser severa para ser brillante. Ilumina, más que enseña y deslumbra más que ilumina. Llega coloreada a lo interno pasando a través de la imaginación. Nuestra imaginación hiperstesiada, incapaz a veces de absorber una sencilla sentencia, llega a la más grande exageración sensitiva, a las concepciones más simbolistas, delicuescentes, coloristas, decadentes, fiel resultado de una consunción nerviosa, irritada y pruritada a través de los siglos por el abuso que de nuestras emociones han hecho los genios artísticos. Literatura de los degenerados; éste es el justo nombre que se ha

pretendido convertir en culpa. ¿Quién no ha perdido el equilibrio de sus facultades, quién cree conservar la pureza de tipo fisiológico?

El sentido común da paso al sentido refinado que es el de los elegidos, de los que han abierto la carrera al modernismo y que pronto será el de la masa mediana por la precipitada extenuación de nuestro sistema nervioso.

Revista del Salto, octubre 1899.

En enero de 1900, el último número de la revista dice:

Toda tentativa de mostrar nuevas lontananzas, toda idea audaz que presintiendo una nueva aurora trata de hacer desviar la vista de aquellos paisajes impuestos ya por la obcecación de una constante dirección de ojos, sea rechazada por extravagante, absurda e individual.

Y citando a los adversarios:

Los decadentes son personas desequilibradas que bajo una aparente pomposidad nos muestran la pobreza de su intelecto. Amontonan palabra sobre palabra, adjetivos sobre adjetivos y nos dejan en ayunas sobre lo que han querido decir. Su secreto es poner palabras raras, dislocar la lógica y convertir el idioma en una especie de tienda de juglar.

Dejemos para su momento la exposición teórica que sobre la nueva corriente se presenta en el cuento "Sin razón pero Cansado". Ahora veamos la arremetida final en el último número de la *Revista del Salto*:

Simbolismo, estetas coloristas, modernismo delicuescente son palabras que nada dicen. Se trata de expresar lo más fielmente posible los diversos estados de alma, que para ser

representados con exactitud necesitan frases claras, oscuras, complejas, sencillas, extrañas según el grado de nitidez que aquellas tengan en nuestro espíritu.

Todo se rebela: la ganga contra el pulido, la bruma contra el horizonte, el caballo contra el freno y la imbecilidad contra la aurora rasgada sobre el viejo paisaje.

¿Qué otra cosa son estos manifiestos sino una apuesta por la irracionalidad y la intuición y un rechazo por la rigidez de las estructuras meramente racionales?

En los pasajes entresacados del artículo se hace evidente la lucha infructuosa por conseguir un lenguaje capaz de expresar experiencias inéditas hasta entonces (por lo menos experiencias que no habían sido objeto

de una sistematización teórica). Son declaraciones que sólo por momentos alcanzan a revelar la pretensión subyacente de una integración holística que abarcara lo sensorial, lo intelectual y lo intuitivo en un acto de derogación de las coordenadas tradicionales.

Dieciséis años después el DADA, veinte años más tarde el Surrealismo, en un mundo resquebrajado previamente y desquiciado después por la guerra del 14-18 lanzarían sus manifiestos sin tener que vencer demasiadas resistencias. Dejemos de lado la tentación de hacer de Quiroga un futurista *avant la lettre*, dada su pasión por el ciclismo y el motociclismo. Que su gusto por la velocidad quede como un simple perfil de su personalidad.

(...)